

A la memoria de Pablo Chiuminatto

Los editores de este número lamentamos profundamente el fallecimiento del profesor Pablo Chiuminatto, que tuvo lugar hacia el final del proceso de entrega y revisión de los artículos aquí reunidos. El profesor Chiuminatto fue hasta el último de sus días un importante académico y miembro notable de la vida intelectual y artística de Chile, como fuera ampliamente reconocido por diversos medios e instituciones nacionales tras su deceso. Por eso nos alegra poder publicar uno de sus últimos trabajos en coautoría con su amigo y colega Rodrigo del Río Joglar, quien recuerda de esta forma tan conmovedora al que fuera su maestro y amigo:

Pablo fue sin duda un intelectual público chileno. Desde su época de pintor, el arte para Pablo Chiuminatto se puso en función de avanzar los predicados democráticos de la dañada república chilena. Pablo tenía una disposición inevitable por la vanguardia, pero un amor irredento por el pasado (sobre todo, el pasado clásico). Fue pionero en la introducción de la ecocrítica en Chile, encarnada en su libro *Futuro esplendor*. En esa misma línea, publicamos juntos hace años el libro *Patagonia, desierto de agua*, donde comenzó a darle forma a sus reflexiones sobre el problema medioambiental con la estética. Digamos darle forma escrita, puesto que ya tenía décadas de trabajo como pintor de los paisajes chilenos desde composiciones que mezclaban distintos paisajes reales, imaginados o previamente retratados en fotografías.

Pablo también participó en varios proyectos de digitalización y de tecnologías de la información. Publicaba con frecuencia en un grupo de investigación de Ingeniería de la Computación liderado por Miguel Nussbaum, donde pensaban cómo la tecnología impactaba en el aula de clases. Como profesor, se dedicó preeminentemente a la enseñanza de la literatura y la filosofía antigua y medieval. Sus clases eran delicadas lecturas desde las fichas que con esfuerzo había recopilado a lo largo de los años. En esas cartulinas, semejante a Roland Barthes, desarrolló su pensamiento. De hecho, enseñaba a los estudiantes a separarse un segundo de la inmediatez de la

ecología digital contemporánea y se entregaran a la tarea de escribir en una ficha bibliográfica. También Pablo, y sobre todo en referencia al texto en cuestión, se encargó de salvar del olvido a muchísimas figuras culturales fundamentales que el tiempo había borroneado de la memoria cultural de nuestro país. Este es el caso del arquitecto, poeta y artista visual Alberto Cruz, pero también de, por ejemplo, Rafael Elizalde MacClure, politólogo, escritor y uno de los primeros activistas ambientales en Chile.

Pablo dedicó sobre todo muchos años al estudio de la figura de René Descartes con una hipótesis sobre la posibilidad de extraer una estética cartesiana de los textos del filósofo francés, a quien se le adjudicaba un abandono de esa dimensión. En ese mismo sentido, produjo una traducción de las Reflexiones sobre la poesía de Alexander Baumgarten, texto clásico donde por primera vez se acuña la palabra estética.

Pablo fue una persona expansiva, tenía un pensamiento asociativo único y un respeto por la cultura en todas sus formas. Lo cierto es que el texto de *Co-herencia*, en su corrección, nuestra conversación y su publicación, viene a traer una vez la voz de mi queridísimo maestro y amigo en una investigación que lo tenía lleno de entusiasmo y apasionado por los años venideros. Si acaso, en sus letras, todavía soy capaz de escucharlo e imaginar cómo hubieran sido otros textos posibles, alternativos, contenidos en potencia en una colaboración que, con tristeza, se termina en este artículo. Por eso, les estaré eternamente agradecido 📄

Jorge Uribe y André Corrêa de Sá
Medellín / Santa Barbara, mayo de 2025